

Poemas

*Eduardo Oláiz**

a Elsa e Hiram

ENFRENTAR LA PÁGINA en blanco con no más que un silencio más hondo, el vacío inenarrable de la voz que, no teniendo nada mejor qué decir, se contenta con el balbuceo. ¿Callar, entonces? ¿Apoltronarme en el hueco que se, gentil, ofrece entre una y otra grafía? ¿Insertar entre la forma reflexiva de un pronombre, y un verbo, un sustantivo, obligando pausa al que lee reverente? Les digo esto desde una confusión más honda, que por este solo bien se me permita retomar el aullido y aguzar las formas, que reviente en un grito capaz de sostenerme, capaz de puente o peldaños, desde la otra orilla hasta el fondo en que me he legado, arrojado sin fin, y que, sin embargo, recomienzo cada día; dejad que todo me abandone menos el canto, y ser, todavía, la roca en que Dios como mar revienta las olas.

* Escritor, poeta y artista plástico. Ha publicado *Breve selección de poemas* (Frontera entre milenios, 1999), *En la agonía del milenio, una tormenta de letras*—publicación compartida con el poeta Daniel Gutiérrez Pedreiro— (Equipo mensajero, 1999), *Esfera* (H. Ayuntamiento de Toluca, 2000), y fue incluido en las antologías *En el rigor del vaso que la aclara el agua toma forma* (Resistencia, 2001) y *Hasta agotar la existencia II* (Resistencia, 2004). Fue distinguido con el “Premio Nacional de Poesía Juegos Florales” (Toluca, 1999), por el poemario *Esfera*, y el “Premio Nacional de Poesía Joaquín Antonio Peñaloza” (2000), por el poema *Vértigo*.

coronada en azucenas,
asume el perfume
y redondez de su canto,
cantiga de sus formas,
acordes desordenados y turgentes pechos
y la desolación de mis carnes
ahítas del silencio pausa y melodía de tu tacto;
y me apremia tu sola tibieza,
que envuelto en llamas emerjo
para consumirme apenas en otro fuego,
siendo la palidez de la brasa que me apira,
y habitar, incandescente, este lóbrego derrumbe,
que más me quema tu silencio.
Y te memoro, alcaraván, asonantando todo con el único sonido,
aquí, como el ciervo, el que brama,
aúllo este dolor que no me alcanza el llanto,
ni alcance —quizá— el grito
para llamarte,
para llamarte y vengas entre cítaras y aliento
y cuanta esperanza tremola el pecho acudiendo a tu nombre.
Y te memoro, alcaraván, arrumorando todo con el único sonido,
a mitad del ángelus tu risa asonorando
el anverso y reverso de mi mano que corre mis carnes,
ahítas
(te lo dije),
que encuentro ya
desierto
el hueco
con que ocupo
el espacio que me ocupa.

Y bajo al hueco;
tan me abismo en la profundidad,
que ya ni el canto,
ni grito,
ni soy ya nada.